

mar llanto. Carlos adivinó simpáticamente la presencia de Eugenia, abrió los ojos y la vió emocionada.

—Dispéñseme usted, prima, dijo Carlos sin saber la hora que era ni en el lugar en que se hallaba.

—Primo mío, hay aquí corazones que comprenden su dolor, y hemos creído que necesitaría usted algo. Debía usted acostarse, porque de esa manera no descansa.

—Es verdad.

—Pues bien, adiós.

Y se escapó avergonzada y contenta por haber dado aquel paso. La inocencia es la única que tiene estos atrevimientos. La virtud instruida calcula como el vicio. Eugenia, que no había temblado al lado de su primo, apenas pudo sostenerse cuando estuvo en su cuarto. Su ignorante vida había cesado de pronto, y empezó á razonar y á hacerse mil reproches. «¿Qué idea se formará de mí? Creerá que le amo.» Esto era precisamente lo que más deseaba ella hacerle creer. El amor franco tiene su presciencia y sabe que el amor provoca el amor. ¡Qué acontecimiento más importante para aquella joven solitaria el haber entrado furtivamente en la habitación de un joven! ¿No hay en amor acciones y pensamientos que equivalen para ciertas almas á los santos desposorios? Una hora después, Eugenia entró en el cuarto de su madre para vestirla como acostumbraba; y hecho esto, fueron á ocupar sus asientos delante de la ventana, y esperaron á Grandet con esa ansiedad que hiela el corazón ó lo caldea, lo oprime ó lo dilata,

según los caracteres, cuando se teme una disputa ó un castigo, sensación ésta que es, por otra parte, tan natural, que los animales domésticos la experimentan hasta el punto de gritar por el insignificante mal de una corrección, siendo así que se callan cuando se hieren por inadvertencia.

A poco bajó el buen hombre, pero habló con aire distraído á su mujer, besó á Eugenia y se sentó á la mesa sin que, al parecer, pensase en las amenazas de la víspera.

—¿Qué hará mi sobrino? ¡Bien poco molesta el pobrecillo!

—Está durmiendo, señor, dijo Nanón.

—Tanto mejor, así no necesitará bujía, dijo Grandet en tono chocarrero.

Esta clemencia insólita, esta amarga alegría, sorprendió á la señora Grandet, que miró á su marido atentamente. El buen hombre... (Creemos conveniente advertir aquí que en Turena, en Anjou, en Poitú y en Bretaña, la palabra *buen hombre*, empleada ya varias veces para designar á Grandet, se aplica lo mismo á los hombres más crueles que á los más buenos cuando han llegado á cierta edad. Este título no afecta para nada á la mayor ó menor mansedumbre individual.) El buen hombre, repito, tomó el sombrero y los guantes, y dijo:

—Voy á dar una vuelta por la plaza á ver si encuentro á Cruchot.

—Eugenia, no me cabe duda que á tu padre le pasa algo.

En efecto, Grandet, que era poco dormilón, empleaba la mitad de las noches en los cálculos

preliminares que daban á sus entrevistas, á sus observaciones y á sus planes aquella seguridad de éxito que tanto asombraba á los habitantes de Saumur. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y de tiempo. Las gentes poderosas quieren y velan. La vida del avaro es un constante ejercicio del poder humano puesto al servicio de la personalidad. Ese ser no se apoya más que en dos sentimientos: el amor propio y el interés; pero no siendo en cierto modo el interés más que el amor propio sólido y bien entendido, la confirmación casi continua de una superioridad real, el amor propio y el interés son dos partes de un mismo todo: el egoísmo. De ahí proviene, sin duda, la prodigiosa curiosidad que excitan los avaros puestos hábilmente en escena. Todo el mundo tiene algo de esos personajes, que se declaran contra todos los sentimientos humanos resumiéndolos todos. ¿Dónde está el hombre sin deseo y qué deseo social se satisface sin dinero? Como decía su mujer, á Grandet le pasaba realmente algo. Como todos los avaros, el antiguo tonelero sentía una persistente necesidad de jugar una partida con los demás hombres y de ganarles legalmente el dinero. Cobrar impuestos al prójimo, ¿no es ejercer un acto de poder y abrogarse perpetuamente el derecho de despreciar á los que, por ser demasiado débiles, se dejan devorar? ¡Oh! ¿quién ha sabido comprender la significación del cordero apaciblemente acostado á los pies de Dios, que es el emblema más conmovedor de todas las víctimas terrestres, el de su porvenir, el de su sufrimiento y su debilidad glorificados? El avaro deja engor-

car este cordero, lo aprisca, lo mata, lo cuece, se lo come y lo desprecia. El alimento de los avaros se compone de dinero y de desdén. Durante la noche, las ideas del buen hombre habían tomado otro curso y de ahí provenía su clemencia: había urdido una trama para burlarse de los parisienses, para marearlos, petrificarlos, hacerles ir, venir, esperar, sudar, palidecer; para divertirse á costa de ellos, él, el antiguo tonelero que ocupaba aquel modesto y antiguo edificio. Su sobrino había sido objeto de sus meditaciones, y quería salvar el honor de su difunto hermano sin que les costase un céntimo ni á él ni á su sobrino. Como sus fondos iban á ser colocados por tres años y no tenía más que hacer que el de administrar sus bienes, necesitaba dar alimento á su maliciosa actividad y lo había encontrado en la quiebra de su hermano. No teniendo ningún negocio entre manos, quería triturar á los parisienses en provecho de Carlos y mostrarse buen hermano sin gastar nada. El honor de la familia entraba tan poco en sus proyectos, que su buena voluntad debe compararse á la que experimentan los jugadores en ver jugar una partida en la que no interesan nada. Los Cruchot le eran necesarios, y como no quería ir á buscarles, había decidido hacerles ir á su casa y empezar aquella misma noche la comedia cuyo plan acababa de concebir, á fin de ser al día siguiente objeto de la admiración de su pueblo sin que le costase un céntimo. En ausencia de su padre, Eugenia tuvo la dicha de poder ocuparse á sus anchas de su muy amado primo y de prodigarle sin temor los tesoros de su piedad, que

es una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que ella desea hacer sentir. Eugenia fué á escuchar tres ó cuatro veces la respiración de su primo para saber si dormía ó si estaba despierto, y después, cuando aquél se levantó, la crema, el café, los huevos, la fruta, el vaso, todo lo que formaba parte del almuerzo, fué para ella objeto de cuidado. Por fin, subió ágilmente la vieja escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se estaría vistiendo? ¿lloraría aún? Por fin, llegó hasta su puerta.

—¿Primo mío?

—¿Qué hay, prima?

—¿Quiere usted almorzar en la sala ó en su cuarto?

—Donde usted quiera.

—¿Cómo se encuentra?

—Prima querida, me avergüenzo de tener hambre.

Esta conversación á través de la puerta era para Eugenia todo un episodio de novela.

—Pues bien, ahora le traeremos á usted el almuerzo á su cuarto, á fin de no contrariar á mi padre.

Y acto continuo bajó á la cocina con la ligereza de un pájaro.

—Nanón, vete á arreglar su cuarto.

Aquella escalera que tanto había subido y bajado durante su vida y donde resonaba el menor ruido, le parecía á Eugenia que había perdido su carácter de vetustez y que le hablaba, que era joven como ella, joven como su amor, al que á la sazón servía. Su madre, su buena é indulgente madre, quiso prestarse á los caprichos de

su amor, y cuando el cuarto de Carlos estuvo arreglado, subió con ella á hacer compañía al desgraciado: ¿no ordena la caridad cristiana que se consuele al afligido? Aquellas dos mujeres procuraron sacar de la religión un buen número de pequeños sofismas para justificar su conducta. Carlos Grandet fué, pues, objeto de los más afectuosos y tiernos cuidados. Su dolorido corazón sintió vivamente la suavidad de la cariñosa amistad y de la simpatía que aquellas dos almas supieron desplegar al verse libres un momento en la región de los sufrimientos, en su esfera natural. Autorizada por el parentesco, Eugenia se puso á arreglar los objetos del tocador que su primo había llevado, y pudo maravillarse á su gusto de las chucherías de plata y oro, que retenía largo tiempo en sus manos bajo pretexto de examinarlas. Carlos no vió sin enternecerse el generoso interés que por él se tomaban su tía y su prima, pues conocía bastante la sociedad de París para saber que en la situación en que se hallaba no hubiese encontrado allí más que razones indiferentes ó frías. Eugenia se le apareció en todo el esplendor de su belleza especial, y el joven empezó á admirar la inocencia de aquellas costumbres, de que se burlaba la vispera. De modo que cuando Eugenia tomó de manos de Nanón el tazón lleno de café con crema para dárselo á su primo al mismo tiempo que le dirigía una cariñosa mirada, los ojos del parisiense se llenaron de lágrimas, y, tomándole la mano, se la besó.

—Vamos, ¿qué le pasa aún? le preguntó la joven.

—¡Oh! son lágrimas de agradecimiento, respondió Carlos.

Eugenia se volvió bruscamente hacia la chimenea para tomar el candelero.

—Nanón, ten, llévatelo, dijo.

Cuando Eugenia miró á su primo estaba muy colorada aún, pero al menos sus palabras pudieron mentir y ocultar la excesiva alegría que inundaba su corazón; pero sus ojos expresaron un vivo sentimiento y sus almas se fundieron en una misma idea: el porvenir era de ellos. Aquella grata emoción fué tanto más deliciosa para Carlos en medio de su inmensa pena, cuanto que era completamente inesperada. Un aldabonazo llamó á las dos mujeres á sus puestos. Afortunadamente, pudieron bajar antes de que Grandet hubiese entrado; si el avaro las hubiese encontrado fuera de sus asientos, hubiera sido lo bastante para excitar sus sospechas. Después del almuerzo, que el buen hombre hizo de pie, el guarda, que no había recibido aún la indemnización prometida, llegó de Froidfond llevando una liebre, unos perdigones muertos en el parque, unas anguilas y dos lucios que le habían dado los marineros.

—Vaya, vaya, este Cornoiller viene como pedrada en ojo de boticario. ¿Sirve eso para comer?

—Sí, generoso señor, ha sido matado hace dos días.

—Vamos, Nanón, date prisa, dijo el avaro; toma eso y arréglalo para la comida, pues tengo convidados á los dos Cruchot.

Nanón abrió los ojos con asombro y miró á todo el mundo.

—Está bien, dijo, ¿y la grasa y las especias?

—Mujer, dijo Grandet, dale seis francos á Nanón, y recuérdame que tengo que ir á la bodega á sacar vino bueno.

—Bueno, señor Grandet, repuso el guarda, que había preparado su arenga para decidir la cuestión de la gratificación, yo...

—Ta, ta, ta, ta, dijo Grandet, ya sé lo que vas á decir, eres un diablillo: hoy tengo mucha prisa, mañana hablaremos de eso. Mujer, dale cinco francos, dijo á la señora Grandet.

—Y se marchó.

La pobre mujer se consideró muy feliz pudiendo comprar la paz por doce francos, pues sabía que Grandet, después de irle sacando poco á poco el dinero que le había dado, solía estar callado durante quince días.

—Toma, Cornoiller, le dijo la señora Grandet poniéndole diez francos en la mano, algún día le pagaremos á usted sus servicios.

Cornoiller no dijo nada y se fué.

—Señora, dijo Nanón que se había puesto ya su cofia negra y que había cogido el cesto, no necesito más que tres francos, guárdese el resto.

—Nanón, haz una buena comida, que también bajará mi primo, dijo Eugenia.

—No hay duda de que aquí pasa algo extraordinario, dijo la señora Grandet. Desde que nos hemos casado, esta es la tercera vez que tu padre tiene invitados á comer.

A eso de las cuatro de la tarde, en el momento en que Eugenia y su madre acababan de poner la mesa para seis personas y en que el dueño de la casa subía con algunas botellas de esos

exquisitos vinos que conservan con amor los provincianos, Carlos se presentó en la sala. El joven estaba pálido, y sus facciones, sus gestos, sus miradas y su voz tenían una melancolía llena de gracia, pues el infortunado no fingía el dolor, sino que sufría verdaderamente, contribuyendo esto á darle ese aire interesante que tanto agrada á las mujeres. Al verlo así, Eugenia le amó aún más. La desgracia contribuyó á aproximarlo más á ella. Carlos no era ya el joven rico y guapo colocado en una esfera inaccesible para ella, sino que era un pariente sumido en una miseria espantosa. La miseria engendra la igualdad. La mujer tiene una cosa de común con los ángeles, y esta es que los desgraciados le pertenecen. Carlos y Eugenia se entendieron y se hablaron con los ojos, pues el pobre petimetre caído, el infeliz huérfano, se colocó en un rincón y permaneció allí callado, tranquilo y digno; pero de cuando en cuando la cariñosa mirada de su prima le obligaba á dejar sus tristes pensamientos y á recorrer con ella los campos de la esperanza y del porvenir. En aquel momento, la villa se ocupaba más de la comida ofrecida por Grandet á los Cruchot, que de la venta de la cosecha, que constituía un crimen de alta traición á los viñeros. Si el político viñero hubiese dado la comida con la misma intención con que Alcibiades cortó la cola á su perro, hubiera sido, sin duda, un gran hombre; pero como estaba muy por encima de una villa de la que se burlaba sin cesar, no hacía ningún caso de Saumur. Los de Grassins supieron en seguida la muerte violenta y la quiebra probable del padre de Carlos, y resolvieron

ir aquella misma noche á casa de su cliente á fin de tomar parte en su desgracia y darle pruebas de amistad é informarse al mismo tiempo de los motivos que podían haberle determinado á invitar á comer á los Cruchot en semejante ocasión. A las cinco en punto, el presidente C. de Bonfons y su tío el notario llegaron endomingados hasta los dientes. Los convidados se sentaron á la mesa y empezaron por comer admirablemente. Grandet estaba grave, Carlos silencioso, Eugenia muda, y la señora Grandet no habló más de lo que acostumbraba; de modo que aquella comida fué verdaderamente de duelo, acabada la cual, Carlos dijo á sus tíos:

—Permitanme que me retire; tengo que escribir algunas cartas.

—Haga lo que guste, sobrino.

Cuando el avaro presumió que Carlos no oiría nada, por estar ocupado en sus cartas, miró socarronamente á su mujer, y le dijo:

—Señora Grandet, lo que vamos á hablar aquí sería latín para vosotras, y, como son ya las siete y media, podéis ir á acostaros. ¡Buenas noches, hija mía!

Grandet abrazó á su hija, y las dos mujeres salieron. Entonces empezó la escena en que el padre Grandet empleó, mejor que en ningún momento de su vida, la astucia que había adquirido en su trato con los hombres y que le había valido el sobrenombre de *perro viejo*. Si el alcalde de Saumur hubiese llevado su ambición á mayor altura, y si, por felices circunstancias, hubiese llegado á los congresos donde se trataban los asuntos de las naciones y se hubiese ser-

vido del genio de que se servía para sus intereses personales, no hay duda que hubiese sido gloriosamente útil á Francia. Sin embargo, es fácil también que, una vez fuera de Saumur, el hombre hubiese hecho un triste papel, pues ocurre con los hombres como con ciertos animales, que no engendran una vez sacados del país en que han nacido.

—Se...se...se...ñor presidente, us...us...ted de...de...de...cia que...que...que... la...la... quie...quie...quie...bra...

La tartamudez afectada hacía ya tiempo por el avaro y que pasaba por natural, así como la sordera de que se quejaba en tiempo de lluvia, se hizo en esta ocasión tan fatigante para los dos Cruchot, que éstos hacían muecas sin querer al escuchar al viñero, y esfuerzos como si quisiesen acabar las palabras en que aquel se enredaba adrede. Creemos necesario hacer aquí la historia de lá tartamudez y de la sordera de Grandet. No había nadie en Anjou que oyese ni pudiese pronunciar mejor el francés que el astuto viñero. En otro tiempo, á pesar de su astucia, Grandet había sido engañado por un israelita que, en medio de la discusión, se aplicaba la mano al oído á guisa de trompeta, bajo pretexto de oír mejor, y chapurraba de tal modo buscando las palabras, que el avaro, víctima de su humanidad, se creyó obligado á sugerir á aquel maligno judío las palabras y las ideas que parecía buscar éste, á acabar él mismo los razonamientos del dicho judío, á hablar como debía hablar el condenado judío y á ser, en fin, el judío y no Grandet. El tonelero acabó aquella extraña entrevista

haciendo el único negocio malo que había hecho en su vida. Pero si salió perdiendo en él, pecuniariamente hablando, ganó moralmente una buena lección, y más tarde recogió sus frutos de tal modo, que el buen hombre acabó por bendecir al judío que le había enseñado el arte de impacientar á su adversario, ocupándole en expresar el pensamiento ajeno y haciéndole perder constantemente de vista el propio. Ahora bien, ningún negocio exigió más que aquel de que iba á tratar el empleo de la sordera, de la tartamudez y de los ambages incomprensibles de que Grandet rodeaba sus ideas. En primer lugar, no quería aceptar la responsabilidad de sus ideas, y además deseaba ser dueño de su palabra y dejar en duda acerca de sus verdaderas intenciones.

—Se...se...ñor de...de Bon...Bon...Bon...fons.

En tres años era la segunda vez que Grandet llamaba señor de Bonfons al sobrino de Cruchot.

El presidente pudo creerse elegido yerno por el artificioso negociante.

—Us...us...us...ted de...de...de...cia, pues, que...que...que las quie...quie...quie...bras pue...pue...pue...den en...en...en cier...cier...cier...tos ca...ca...ca...sos ser impe...pe...pe...didas po...po...po...por...

—Por los mismos tribunales de comercio. Eso se ve todos los días, dijo el señor C. de Bonfons aprehendiendo la idea del padre Grandet ó creyendo adivinarla y deseando explicársela afectuosamente. Escuche usted.

—Es...es...es...cu...cu...cho, repuso humil-

demente Grandet tomando la maliciosa actitud del niño que se ríe interiormente de su profesor, si bien fingiendo que le escucha con la mayor atención.

—Cuando un hombre considerable y considerado como lo era, por ejemplo, su difunto hermano en París...

—Mi...mi...mi her...her...her...ma...ma...no, sí...sí...sí...

—Está amenazado de una bancarrota...

—¿Se...se...se lla...lla...lla...ma e...e...e...so ban...ban...ban...ca...ca...ca...rrota?

—Sí. Y cuando su quiebra se hace inminente, el tribunal de comercio puede nombrar liquidadores á la casa. Liquidar no es hacer quiebra, ¿comprende usted? Haciendo quiebra, un hombre está deshonorado; pero liquidando, sigue siendo honrado.

—La...la...la co...co...co...sa es...es...es bi...bi...bi...en dife...fe...fe...rente, si...si...si no...no...no cu...cu...cu...esta ma...ma...ma...más ca...ca...ca...ra, dijo Grandet.

—Pero una liquidación puede hacerse aun sin el auxilio del tribunal de comercio, porque, continuó el presidente aspirando un polvo de tabaco, ¿cómo se declara una quiebra?

—Nu...nu...nu...nunca he...he...he pen...pen...pen...sa...sa...sa...do...do...do en...en...ello, dijo Grandet.

—En primer lugar, repuso el magistrado, mediante la declaración de quiebra ante el escribano del tribunal, la cual puede hacer el negociante mismo ó su apoderado, y en segundo lugar, á instancias de los acreedores. Ahora

bien, si el negociante no declara la quiebra, y si ningún acreedor requiere del tribunal un juicio que declare en quiebra al susodicho negociante, ¿qué ocurre?

—Sí...sí...sí, ve...ve...ve...a...a...mos.

—Entonces, la familia del finado, sus representantes, sus herederos ó el negociante, si no ha muerto, ó sus amigos, si está escondido, liquidan. ¿Quiere usted acaso liquidar los negocios de su hermano? preguntó el presidente.

—¡Ah! Grandet, haría usted muy bien, exclamó el notario. Aun hay honor en provincias. Si usted salvase su apellido, pues es su apellido, sería usted un hombre...

—¡Sublime! dijo el presidente interrumpiendo á su tío.

—Cier...cier...cier...ta...ta...ta...mente, replicó el anciano viñero, mi...mi...mi her...her...her...ma...ma...ma...no se...se...se lla...lla...ma...ma...ba Grandet como yo. E...e...e...e...so es in...in...in...in...du...du...dable. Yo...yo...yo no...no...no di...di...di...gò lo...lo...lo con...con...tra...tra...rio. Y e...e...sa li...li...qui...qui...da...da...ci...ci...ción po...po...po...dría ser en to...to...to...do ca...ca...so y por to...to...to...dos con...con...con...ceptos mu...mu...muy ven...ven...ven...tajosa pa...pa...pa...ra los intereses de mi...mi...mi so...so...so...brino, á...á...á quien quie...quie...quie...ro. Pe...pe...ro hay que...que...que verlo. Yo...yo...yo no...no...no co...co...co...nozco las...las...las pi...pi...pi...lladas de...de...de Pa...Pa...ris. Yo es...es...es...toy en Saumur y...y...y no...no entiendo ma...ma...más que

mis a...a...a...asuntos. Yo no...no...no he he... he...cho nun...nun...ca nin...nin...gu...gu...na le...le...tra de...de ca...ca...cambio. Yo he... he...he recibido mu...mu...chas, pe...pe...ro no...no he fir...fir...ma...ma...do ninguna. E... e...e...es una co...co...sa que...que se...se co... co...bra y...y se...se...se descuenta. Esto es... es...es lo...lo único que...que sé...sé. He...he... he...he o...o...o...o...i...i...i...do de...de...cir que...que se...se...se po...po...po...dí...dí...dí...dían comprar las le...le...le...le...

—Sí, dijo el presidente, se pueden adquirir las letras en la plaza mediante un tanto por ciento, ¿comprende usted?

Grandet se llevó la mano al oído y el presidente repitió la frase.

—Entonces, respondió el viñero, ¿se puede...de sa...sa...car de...de a...a...a...ahí algo? Yo...yo...yo no entiendo es...es...es...tas co... co...co...sas. Y...y...y...yo tengo que...que... que que...darme a...a...a...aquí para ve...ve... velar por mis co...co...co...sechas. Esto ante... te...te todo. Además, te...te...te...tengo ne... ne...negocios en Froidfond y...y...y muchos in...in...intereses. Yo no pue...pue...pue...do a...a...a...bandonar mi...mi...mi casa por em... brrrrr...brollos que no entiendo. Us...us...us... ted di...di...di...ce que yo ten...ten...ten...dría que ir á París pa...pa...pa...ra evitar la de... de...de...claración de...de...de qui...qui...e... e...e...bra. U...u...u...uno no pue...pue...pue... puede estar en do...do...dos lu...lu...lu...gares á...á...á...á menos que...que...que no se...se...se... sea un pájaro.

—Ya le entiendo á usted, exclamó el notario. Pero no se apure, tiene usted amigos capaces de sacrificarse por usted.

—¿Si acabarás de decidirte? pensaba para sus adentros el avaro.

—Y si alguno fuese á París y buscase allí al mayor acreedor de su hermano Guillermo y le dijese...

—Si...si...si, repuso Grandet, le di...di... jese, ¿qué? A...a...a...algo así co...co...co...mo: «El...el...el señor Grandet de...de...de Saumur po...po...po...por a...a...aquí, el...el...el señor Grandet de Saumur por acá, qui...qui...qui...ere á... á...á su...su...su her...her...her...mano y á... á...á su so...so...so...brino. Grandet es un bu... bu...buen pa...pa...pa...rien...rien...te, ti...ti... ti...e...e...ne bu...bu...bu...enas intenciones, ha vendido su co...co...co...se...cha, no de...de... de...claren ustedes la...la...la qui...qui...quiebra. En...en...ton...ton...ton...ces Grandet ve... ve...ve...rá. Sal...sal...sal...drán ustedes ga... ga...ga...nando ma...ma...más que per...per... per...mitiendo que...que...que la...la...la justicia in...in...in...ter...ter...ven...ven...ga». ¿Eh? ¿no le parece á usted?

—¡Eso mismo! dijo el presidente.

—Po...po...po...porque ve...ve...ve...vea usted, se...se...señor de Bon...Bon...Bon...fons, ha...ha...hay que...que...que mi...mi...rar la... la...las cosas an...an...an...tes de...de...de de... de...de...ci...ci...ci...dir...dir...se. El...el... el que...que no...no pu...pu...puede, no pu... puede. En to...to...todo a...a...sunto o...o... o...neroso, pa...pa...para no a...a...a...rruinar-

se, hay que conocer el debe y el haber, ¿no es verdad?

—Vaya, dijo el presidente. Yo opino que dentro de algunos meses se podrá pagar todo mediante un arreglo. ¡Ah! ¡ah! mediante interés se lleva á los hombres á cualquier parte. Cuando no ha habido declaración de quiebra y se tienen en la mano las letras de los acreedores, se queda uno blanco como la nieve.

—¿Co...co...co...mo la...la ni...ni...ni...eve? dijo Grandet llevándose la mano á la oreja. No...no co...co...co...mprendo e...e...so de...de...de la...la nie...nie...ve.

—Pero escuche usted, gritó el presidente.

—E...e...e...es...cu...cu...cho.

—Un efecto es una mercancía que puede tener su alza y su baja. Esto es una deducción del principio de Jeremías Bentham acerca de la usura. Este publicista ha probado que la reprobación con que la sociedad mira á los usureros es una tontería.

—¡Vaya que sí! dijo el avaro.

—Teniendo en cuenta este principio de Bentham, el dinero es una mercancía, y lo que representa el dinero, se convierte también en mercancía, repuso el presidente, toda vez que es notorio que, sometida á las variaciones habituales que sufren las cosas comerciales, la mercancía letra, llevando tal ó cual firma, abunda ó falta en la plaza, donde llega á adquirir un gran valor ó donde no vale nada (¡toma! ¡qué tonto soy! dispense usted). Mire, creo que podrá evitar la quiebra de su hermano por un veinticinco por ciento.

—Di...di...dice usted que...que...que se...se...se lla...lla...lla...ma Jeremías Ben...Ben...Ben...

—Bentham, un inglés.

—Ese Jeremías nos evitará muchas lamentaciones en este negocio, dijo el notario riéndose.

—E...e...e...sos in...in...in...gleses ti...ti...ti...tienen á...á ve...ve...veces bu...bu...bu...buenas o...o...o...cu...cu...rren...rren...cias, dijo Grandet. De...de...de mo...mo...mo...do que...que, según Ben...Ben...Ben...tham, si los efectos de mi hermano va...va...va...len, no...no...no va...va...va...va...len. Sí. Yo...yo...yo di...di...di...go bi...bi...bien, ¿ver...ver...ver...dad? e...e...e...eso me...me...me pa...pa...pa...rece cla...cla...cla...ro. Los...los...los a...cre...cre...edores se...se...se...rían, no...no...no se...se...se...rían, y...y...y yo me...me...me en...en...en...tiendo.

—Déjeme usted explicárselo, dijo el presidente. En derecho, si usted posee los títulos de todos los acreedores de la casa Grandet, su hermano ó sus herederos no deben nada á nadie. Ahora bien...

—¡Bien! repitió el buen hombre.

—En equidad, si los efectos de su hermano se negocian (se negocian, ¿entiende usted bien este término?) con un tanto por ciento de pérdida, si un amigo suyo pasa y los recoge todos, los herederos del señor Grandet, de París, no deberán nada á nadie y se habrán empazado legalmente.

—E...e...e...es ver...ver...verdad, lo...lo...lo...los ne...ne...go...go...cios, son lo...lo...los

ne...ne...go...go...cios, dijo el tonelero; pe...
pe...pero usted yyy...ya com...com...pren...
pren...derá que...que es...es di...di...di...fi...
fi...cil; yy...yo no...no...te...te...tengo di...di...
di...ne...ne...ro, ni...ni... tiempo, ni... ni...

—Sí, usted no puede dejar sus negocios; pero yo me ofrezco á ir por usted á Paris, pagándome usted el viaje, que es una miseria. Veo allí á los acreedores, les hablo, los aplazo y se lo arregio á usted todo con un suplemento de crédito que añadirá usted á los valores de la liquidación, á fin de entrar en posesión de todas las letras de su hermano.

—Ya...ya...ya ve...ve...ve...re...re...mos e...
e...e...eso, yy...yo no...no...no pue...pue...
puedo com...com...pro...pro...me...me...terme
sin... El...el...el que...que...que no...no...no
pue...pue...puede, no...no...no pue...pue...pue-
de, ¿comprende usted?

—Es natural.

—Ya...ya...ya es...es...es...toy ma...ma...
ma...reado con...con...con lo...lo...lo que...que
usted a...a...a...ca...ca...ba de...de...de de...
de...de...cir...cir...me. E...e...e...esta es...es...
es la...la...la pri...pri...me...me...ra vez en...
en...en mi...mi vi...vi...da que...que...que ten...
ten...tengo que...que pen...pen...sar en...en...

—Ya se ve, usted no es jurisconsulto.

—Yo...yo...yo soy un...un po...po...pobre
vi...vi...ñero, y...y...y no...no sé na...na...da
de...de...de lo...lo que...que a...a...a...ca...ca...
ba usted de...de de...de...de...cirme. Ten...
ten...tengo que...que que es...es...es...tu...
tu...diar e...e...so.

—Pues bien, repuso el presidente disponiéndose á resumir la discusión.

—¡Sobrino! le dijo el notario interrumpiéndole en tono de reproche.

—¿Qué hay, tío? respondió el presidente.

—Deja que el señor Grandet te explique sus deseos. Se trata en este momento de un asunto muy importante. Nuestro querido amigo debe definirlo congruen...

Un aldabonazo que anunció la llegada de la familia de Grassins, su entrada y sus saludos, impidieron acabar la frase. El notario se alegró de esta interrupción, porque Grandet le miraba ya de reojo y su lobanillo indicaba una tormenta interior. En primer lugar, el prudente notario no creía conveniente que un presidente de audiencia fuese á Paris á hacer capitular á los acreedores y á mezclarse en un negocio que estaba muy lejos de ajustarse á las leyes de la estricta probidad, y además, como no había oído que el señor Grandet tuviera deseos de pagar nada, temblaba instintivamente ante la idea de ver á su sobrino metido en aquel asunto. Cruchof aprovechó, pues, el momento en que los de Grassins entraban, y cogiendo á su sobrino por el brazo y llevándolo al alféizar de una ventana, le dijo:

—Sobrino mío, ya has hecho bastante, y debes de cesar en tus ofrecimientos. El deseo de casarte con la joven te ciega. ¡Qué diablo! hay que andar con pies de plomo. Deja que yo dirija este asunto, y tú no hagas más que ayudarme. ¿Te parece que está bien que comprometas tu dignidad de magistrado en semejante...?

El notario no acabó la frase: oía que el señor de Grassins decía al antiguo tonelero tendiéndole la mano:

—Grandet, hemos sabido la espantosa desgracia que hiere á su familia, con el desastre de la casa Guillermo Grandet y la muerte de su hermano, y venimos á manifestarle la pena que nos causa tan triste acontecimiento.

—La muerte del señor Grandet, de Paris, es la única desgracia, dijo el notario interrumpiendo al banquero. Si él hubiese llamado á su hermano en su auxilio, seguramente que no se hubiera matado. Nuestro antiguo y querido amigo, que es honrado hasta la médula de los huesos, quiere liquidar las deudas de la casa Grandet, de Paris. Mi sobrino, el presidente, para ahorrarle las molestias de un asunto completamente judicial, se ofrece á marchar en el acto á Paris, á fin de arreglarse con los acreedores y pagarles convenientemente.

Estas palabras, confirmadas por la actitud del viñero, que se acariciaba la barba, sorprendieron extraordinariamente á los tres de Grassins, que habían ido por el camino criticando á su gusto su avaricia y acusándole casi de fratricida.

—¡Ah! ¡ya lo sabía yo! exclamó el banquero mirando á su mujer, ¿qué te decía yo por el camino? Grandet es un hombre honrado á carta cabal y no consentirá que su nombre quede manchado. ¡El dinero sin honor no vale nada! ¡Mil rayos! ¡aun hay honor en provincias! ¡Muy bien, muy bien, Grandet! Yo soy un veterano, no sé ocultar mi pensamiento y lo digo con franqueza, ¡mil truenos! ¡eso es sublime!

—E...e...e...en...en...ton...ton...ces ve...ve...ve...veo que...que...que e...e...es mu...mu...muy ca...ca...caro lo...lo...lo su...su...su...bli...bli...bli...me, respondió el avaro mientras el banquero le sacudía calurosamente la mano.

—Pero esto, amigo Grandet, no concierne al señor presidente, repuso de Grassins. Esto es un asunto puramente comercial y debè ser dirigido por un negociante consumado. ¿No es preciso entender en cuestión de letras, descuentos, intereses, etc.? Yo tengo necesidad de ir á Paris para arreglar varios asuntos y entonces podría encargarme...

—Y...y...y...ya ve...ve...ve...re...re...mos de...de...de po...po...po...ner...ner...nos de...de...a...a...cuer...cuer...do lo...lo...los dos a...a...cer...cerca de...de...de las pro...pro...pro...ba...ba...bi...bi...li...li...li...da...da...des de...de es...es...es...te a...a...a...sun...sun...to sin compro...pro...pro...me...me...meterme, dijo Grandet tartamudeando. Porque vea usted, como es natural, el señor presidente me pedía los gastos del viaje.

Grandet no tartamudeó para decir estas últimas palabras.

—¡Eh! dijo la señora de Grassins, pero si es un placer estar en Paris. Yo pagaría con gusto por ir allá.

É hizo seña á su marido como para animarle á birlarles aquella comisión á sus adversarios, costase lo que costase, mirando irónicamente á los dos Cruchot, que afectaron cara de humildad. Entonces Grandet cogió al banquero por

uno de los botones de la levita y lo llevó á un rincón.

—Yo tengo más confianza en usted que en el presidente, le dijo. Además, tengo que hacer otros negocios de paso. Tengo algunos miles de francos y quiero colocarlos á fin de mes en papel. Según dicen, ese mecanismo bajará á fin de mes. ¿Entiende usted algo de esto?

—¡Pardiez! ¡ya lo creo! Y ¿cuántos miles de francos tendré que invertirle?

—Poca cosa para empezar. ¡Silencio! no quiero que se sepa nada. Me hará usted esa operación para fin de mes; pero no diga nada á los Cruchot, porque quiero marearlos. Ya que tiene usted que ir á París, veremos al mismo tiempo cómo están las cosas de mi sobrino.

—Entendido, marcharé mañana en la diligencia y vendré á que me dé usted instrucciones, dijo en voz alta de Grassins. ¿A qué hora?

—A las cinco, antes de comer, dijo el viñero frotándose las manos.

Los dos partidos enemigos permanecieron aún algunos instantes en la sala. Después de una pausa, de Grassins dijo dando golpecitos en la espalda á Grandet:

—¡Así me gustan los parientes!

—S...s...s...sí, y...y...yo soy un .un bu... bu...buen pa...pa...pa...riente, a...a...a...aun... que no...no...no lo...lo...lo pa...pa...pa...rez... rez...ca. Yo quería á mi hermano, y lo probaré, s...s...s...si no...no me...me...me cu...cu...cuesta...

—Grandet, vamos á dejarle, le dijo el banquero interrumpiéndole felizmente antes de que

acabase la frase. Como anticipo mi viaje, tengo que arreglar algunos asuntos.

—Bi...bi...bien, bi...bi...bien. Pa...pa...pa... para a...a...a...rreglar lo...lo que...que usted sabe, yyy...yo ta...ta...ta...también voy á...á... á rrretirarme á...á...á mi...mi cuar...cuar... cuar...cuarto de...de de...de...de...li...li...be... be...ra...a...a...ciones, como dice el presidente Cruchot.

—¡Diablo! ya dejo de ser el señor de Bonfons, pensó tristemente el magistrado, cuya cara tomó la expresión de un juez que se aburre en una vista.

Los jefes de las dos familias rivales se fueron juntos. Ni los unos ni los otros pensaban ya en la traición que había hecho Grandet al país, y se sondaron mutuamente, aunque en vano, para conocer las verdaderas intenciones del avaro en la quiebra de su hermano.

—¿Vienen ustedes con nosotros á casa de la señora Dorsonval? dijo de Grassins al notario.

—Iremos más tarde, respondió el presidente. Si mi tío me lo permite, iremos primero á casa de la señorita de Gribeaucourt, á quien he prometido ir á saludar.

—Pues hasta la vista, señores, dijo la señora de Grassins.

Y cuando los de Grassins estuvieron á algunos pasos de los Cruchot, Adolfo dijo á su padre:

—Cómo se corroen, ¿eh?

—Cállate, hijo mío, le replicó su madre, que pueden oírnos. Además, lo que dices es de muy mal gusto y huele á universidad.

—¿Qué le parece á usted, tío? exclamó el ma-

gistrado cuando vió que los de Grassins no podían oírle. He empezado por ser el presidente Bonfons, y he acabado por ser sencillamente un Cruchot.

—Ya he conocido que eso te contrariaría; pero el viento soplabá hoy para los Grassins. ¡Qué tonto eres á veces, á pesar de tu talento! Déjales que se fien de un *¡Ya veremos!* del padre Grandet, y tú estate tranquilo, que no por eso dejará Eugenia de ser tuya.

En pocos instantes, la noticia de la magnánima resolución de Grandet llegó á tres casas á la vez y no se habló ya en la villa más que de aquella abnegación fraternal. Todo el mundo perdonaba á Grandet la venta que había hecho faltando á la fe jurada á los propietarios, y admiraba su honor y alababa una generosidad de que nunca le hubieran creído capaz. Es muy propio del carácter francés el entusiasmarse, apasionarse ó encolerizarse por el meteoro del momento, por las cosas de actualidad. ¿Es que carecerán acaso de memoria los seres colectivos y los pueblos?

Cuando el padre Grandet hubo cerrado la puerta, llamó á Nanón.

—No sueltes el perro y no duermas, que vamos á trabajar juntos. Cornoiller tiene que venir á las once con la tartana de Froidfond. Espérala, á fin de evitar que llame, y dile que entre muy despacio. Las leyes de policía prohíben hacer ruido de noche. Además, no hay necesidad de que los vecinos se enteren de mi salida.

Dicho esto, Grandet subió á su laboratorio, donde Nanón le oyó remover, registrar, ir y ve-

nir, pero con precaución. Indudablemente no quería despertar á su mujer ni á su hija, ni llamar la atención, sobre todo, de su sobrino, al que empezó á maldecir al ver que tenía una luz encendida. A media noche, Eugenia, preocupada por su primo, creyó oír la queja de un moribundo, y para ella, aquel moribundo era Carlos: ¡lo había dejado tan pálido y tan desesperado! ¡Quién sabe si se habría matado! De pronto, se puso una especie de manto con capuchón y quiso salir. Al principio, la viva claridad que penetraba por las rendijas de su cuarto le hizo temer el fuego; pero no tardó en tranquilizarse al oír los pasos de Nanón y su voz mezclada con el relincho de varios caballos.

—¿Se llevará papá á mi primo? se dijo Eugenia entreabriendo la puerta con precaución para que no chirriase, pero de manera que pudiese ver lo que pasaba en el corredor. De pronto, sus ojos se encontraron con los de su padre, cuya mirada, por vaga é indiferente que fuese, la heló de terror. El avaro y Nanón soportaban con sus respectivos hombros derechos los extremos de un garrote del que pendía un cable al que iba atado un barrilito, semejante á los que el padre Grandet se entretenía en hacer en sus ratos de ocio.

—¡Virgen santa, señor! ¡cómo pesa esto! dijo Nanón en voz baja.

—¡Lástima que no sea dinero! respondió Grandet. Ten cuidado no tires el candelero.

Esta escena estaba iluminada por una vela de sebo colocada entre dos balaustres del pasamano.

—Cornoiller, ¿has traído las pistolas? dijo Grandet á su guarda *in partibus*.

—No, señor. Pero ¿qué teme usted?

—¡Oh! nada, dijo el padre Grandet.

—Además, iremos á escape, pues sus inquilinos han escogido los mejores caballos.

—Bien, bien; no les habrás dicho adonde voy, ¿verdad?

—¡Si no lo sabía!

—Bien. ¿Es fuerte el coche?

—¿Esto, señor? ¡Ya lo creo! ¡llevaría tres mil como eso! ¿Qué pueden pesar esos malos barriles?

—¡Mecachis! dijo Nanón, bien lo *sabo* yo. Hay cerca de mil ochocientos.

—¿Quieres callarte, Nanón? Le dirás á mi mujer que he ido al campo y que estaré de vuelta á la hora de comer. ¡Hala, Cornoiller! ¡arreal que hay que estar en Angers antes de las nueve.

El coche parti6. Nanón ech6 el cerrojo á la puerta, soltó el perro, se acost6 con el hombro acardenalado, y nadie en el barrio sospech6 la marcha de Grandet ni el objeto de su viaje. La discreción del buen hombre era completa. Nadie veía nunca un céntimo en aquella casa llena de oro. Después de haber oído aquella mañana en el puerto que el oro había aumentado el doble de su valor á causa de los numerosos armamentos llevados á cabo en Nantes, y que algunos especuladores habían ido á Angers para adquirir moneda de oro, el anciano viñero pidió prestados caballos á sus inquilinos y se dispuso á ir á vender allí el suyo y á traer en billetes la suma necesaria para la compra del papel del Estado,

después de haber obtenido una ganancia con aquella especulación.

—Mi padre se va, dijo Eugenia que lo había oído todo desde lo alto de la escalera.

El silencio se había restablecido en la casa, y el ruido del rodar del coche, que fué cesando por grados, no resonaba ya en Saumur. En este momento, Eugenia, antes de escucharlo con el oído, oyó en su corazón una queja que atraves6 los tabiques y que salía del cuarto de su primo. Una línea luminosa, fina como el filo de un sable, pasaba por la rendija de la puerta y cortaba horizontalmente los balaustres de la carcomida escalera.

—¡Cómo sufre! dijo Eugenia subiendo dos peldaños.

Un segundo gemido hizo llegar á la joven hasta el descansillo de la escalera. La puerta estaba entreabierta, y Eugenia la empujó. Carlos dormía con la cabeza colgando fuera del viejo sofá; su mano había dejado caer la pluma y casi tocaba en tierra. La respiración sofocada que exigía la postura del joven asust6 de pronto á Eugenia, la cual se apresur6 á entrar.

—¡Qué cansado debe estar! se dijo la joven mirando unas diez cartas cerradas. Después ley6 las siguientes direcciones: *A los señores Farry Breilman y Comp.ª fabricantes de coches. Al señor Buisson, sastre; etc.*

—Sin duda ha arreglado todos sus asuntos para marcharse fuera de Francia, pens6 Eugenia.

Sus ojos se fijaron en dos cartas abiertas, una de las cuales empezaba con estas palabras: «Mi

querida Anita..." que le causaron un deslumbramiento. El corazón de la enamorada palpitó, y Eugenia se quedó como si la hubieran clavado en el suelo.

—¡Su querida Anita! ¡ama, ama! ¡ya no hay esperanza! ¿Qué le dirá?

Estas ideas le atravesaron el corazón, y aquel «Querida Anita» lo veía Eugenia escrito en todas partes con letras de fuego.

—¡Renunciar ya á él! No, yo no debo leer esa carta. Debo marcharme... sin embargo, si la leyera...

La joven miró á Carlos, le cogió cuidadosamente la cabeza, se la apoyó en el respaldo del sofá y él la dejó obrar como el niño que conoce durmiendo á su madre y que recibe sin despertarse sus cuidados y sus besos. Como una madre, Eugenia levantó la mano que le colgaba, y como una madre le besó los cabellos. «Querida Anita...» Un demonio parecía gritarle estas palabras al oído.

—Ya sé que hago mal, pero voy á leer la carta.

Eugenia volvió la cabeza, pues su noble honoradcz se sublevó. Por la primera vez en su vida el bien y el mal luchaban en su corazón. Hasta entonces no había tenido que avergonzarse por ninguna acción. La pasión y la curiosidad pudieron más que ella. Á cada frase que leía, su corazón palpitaba más, y el ardor picante que animó su vida durante aquella lectura contribuyó á hacerle más gratos los placeres del amor.

«Mi querida Anita: Nada podía separarnos, á

no ser la desgracia que me anonada y que ningún ser humano podría prever. Mi padre se ha matado, y su fortuna y la mía están completamente perdidas. Quedo huérfano á una edad en que, por la clase de educación que he recibido, puedo pasar por un niño, y, sin embargo, debo levantarme siendo hombre del abismo en que he caído. Acabo de emplear una parte de la noche en hacer mis cálculos. Quiero salir de Francia como hombre honrado, y, para ello, no hay duda, no me quedan ni cien francos para ir á buscar fortuna á las Indias ó á América. Sí, Anita mía, iré á buscar fortuna á los climas más mortíferos. Según he oído decir, bajo aquellos cielos es segura y pronta. Me sería imposible quedar en París; ni mi alma ni mi cara están hechas para soportar las afrentas, la frialdad y el desprecio que esperan al hombre arruinado, al hijo del quebrado. ¡Dios mío! ¡deber dos millones! sería muerto en duelo la primera semana. Así es que no volveré á París. Ni tu amor, que es el más tierno y el más puro que jamás haya podido animar el corazón de un hombre, sería capaz de atraerme. ¡Ay de mí! amada mía, ni siquiera tengo el dinero bastante para ir adonde estás, á darte y á recibir un último beso, que me daría la fuerza necesaria para llevar á cabo mi empresa..."

—¡Pobre Carlos! he hecho bien en leer esta carta, yo tengo dinero y se lo daré, dijo Eugenia.

Y después de enjugarse las lágrimas, prosiguió la lectura.

«Yo no había pensado nunca en las desgracias de la miseria, y si me quedan los cien luises indispensables para el pasaje, no tendré en cambio ni un céntimo para hacerme una pacotilla. Pero no; acaso no tenga cien luises, ni siquiera uno; pues no sé el dinero que me quedará hasta después de haber pagado mis deudas en París. Si no me queda nada, me iré tranquilamente á Nantes, me embarcaré allí como simple marinerero y empezaré como han empezado los hombres de energía que, habiendo salido de su patria sin un céntimo, vuelven ricos de las Indias. Desde esta mañana he considerado friamente mi porvenir, y veo que para mí, que he sido criado por una madre que me adoraba, mimado por el mejor de los padres y amado por una Ana, tiene que ser más horrible que para ningún otro. Yo no conocí más que las flores de la vida, y aquella dicha no podía durar. Sin embargo, Anita mía, tengo más valor del que tendría otro en mi caso, sobre todo si estuviese acostumbrado como yo á las caricias de la mujer más bonita de París, á los mimos de una madre cariñosa y á ver satisfechos todos sus deseos por un padre amante... He reflexionado maduramente acerca de mi posición y acerca de la tuya. Anita querida, si para conservarme á tu lado en París sacrificases todos los goces que te proporciona tu lujo, su coste no bastaría aún para cubrir los gastos necesarios para mi vida, y yo, por otra parte, no podría aceptar tantos sacrificios. Nos separamos hoy, pues, para siempre...»

—¡Virgen santa! la deja. ¡Oh dicha!

Eugenia saltó de alegría. Carlos hizo un movimiento, y su prima se sintió helada de espanto; pero afortunadamente para ella, no despertó, pudiendo así proseguir la lectura.

«¿Cuándo volveré? No lo sé. El clima de las Indias envejece pronto al europeo, y sobre todo, al europeo que trabaja. Supongamos que venga dentro de diez años. Dentro de diez años tu hija tendrá diez y ocho, y será tu compañera, tu esposa. Para ti el mundo habrá sido muy cruel, pero tu hija lo será aún más. Hemos visto en el mundo muchos ejemplos de esto: aprovechámonos de ellos. Guarda, como haré yo, en el fondo de tu alma, el recuerdo de estos cuatro años de dicha, y sé fiel, si puedes, á tu pobre amigo. Yo no puedo exigírtelo, porque mira, Anita querida, tengo que conformarme con mi posición y considerar la vida tal cual es. Tengo que pensar en mi matrimonio, que se convierte en una de las necesidades de mi nueva vida, y te confesaré que he encontrado aquí, en Saumur, en casa de mi tío, una prima cuyos modales, figura, corazón y talento te agradarían, y que, por otra parte, me parece que tiene...»

—Debía estar bien cansado para haber dejado de escribir, se dijo Eugenia al ver que dejaba sin acabar la frase.

¡Ella lo justificaba! ¿No era casi imposible que aquella inocente joven dejase de notar en aquel momento la frialdad que para ella encerraba aquella carta? Para las jóvenes educadas religiosamente, santas y puras, todo es amor cuando

ponen los pies en las regiones encantadas del amor, y marchan por ellas rodeadas de la celestial luz que aquél proyecta y que envuelve con sus rayos á su amante. Los errores de la mujer provienen casi siempre de su creencia en el bien ó de su desconfianza de la verdad. Para Eugenia, aquellas palabras: «Mi querida Anita. Amada mía», resonaban en su corazón como el más grato lenguaje del amor y le acariciaban el alma, como le acariciaban en su infancia el oído las palabras divinas del *Venite adoremus*, repetidas por el órgano. Por otra parte, las lágrimas que bañaban aún los ojos de Carlos le demostraban esa nobleza de corazón que tanto seduce á las jóvenes. ¿Era ella capaz de adivinar que si Carlos amaba tanto á su padre y lo lloraba tanto, lo hacía más bien por la pérdida de las bondades paternas, que por el cariño que le tenía? Los señores Grandet, satisfaciendo siempre los menores caprichos de su hijo y procurándole todos los placeres de la fortuna, habían impedido que éste hiciese los horribles cálculos de que son más ó menos culpables en París la mayor parte de los hijos cuando, en presencia de los goces parisienses, sienten deseos y conciben planes que ven con pena aplazados y retardados incesantemente por la vida de sus padres. La prodigalidad del padre llegó, pues, hasta el punto de engendrar un verdadero amor filial en el corazón de su hijo, un amor desinteresado.

Sin embargo, Carlos era un hijo de París, habituado por las costumbres de París y por Anita á calcularlo todo. Era un viejo con apariencias de joven, y había recibido la espantosa

educación de ese mundo en que en una noche se cometen de pensamiento y de palabra más crímenes que los que castiga en un año la audiencia, en donde las buenas palabras asesinan las más grandes ideas, y en donde se pasa por hombre de mundo cuando se ve claro, entendiéndose allí que ver claro, es no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en los hombres, ni hasta en los acontecimientos. Allí, para ver claro, es preciso pesar todos los días la bolsa de un amigo, saber ponerse políticamente por encima de todo sin admirar las obras de arte ni las acciones nobles, y no tener más móvil que el interés personal. Después de mil locuras, la gran dama, la hermosa Anita, obligaba á Carlos á pensar gravemente, le hablaba de su posición futura pasándole por los cabellos su mano perfumada, y al mismo tiempo que le arreglaba un rizo, le hacía calcular la vida: ella lo afeminaba y lo materializaba. ¡Doble corrupción! pero corrupción elegante y de buen gusto.

—¡Qué tonto es usted, Carlos! le decía á veces. Veo que me va á costar mucho trabajo enseñarle á conocer el mundo. Se ha portado usted mal con el señor de Lupeaulx. Ya sé que es un hombre poco honrado; pero espere usted á que no esté en el poder, y entonces lo despreciará á su antojo. ¿Sabe usted lo que nos decía la señora Campán? «Hijos míos, mientras un hombre esté en el poder, adoradle; pero, una vez que haya caído, ayudad á llevarle al muladar. Poderoso, es una especie de Dios; destruído, está por debajo de Marat en su sumidero, porque él vive, y Marat estaba muerto. La

vida es una serie de combinaciones que es preciso estudiar y analizar para llegar á mantenerse siempre en buena posición».

Carlos era un hombre de demasiado mundo, y se había visto demasiado feliz y demasiado adulado para tener grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le había dejado en el corazón se había perdido casi. Pero Carlos no tenía entonces más que veintiún años, y á esa edad la frescura de la vida parece ser inseparable del candor del alma. La voz, la mirada, la figura, parecen estar en armonía con los sentimientos. Así es que el juez más duro, el procurador más incrédulo y el usurero más empedernido llegan pocas veces á creer en la vejez del corazón y en la corrupción de las miradas cuando los ojos del hombre nadan aún en un fluido puro y cuando su frente no tiene aún arrugas. Carlos no había tenido nunca ocasión de aplicar las máximas de la moral parisiense y hasta aquel día carecía en absoluto de experiencia; pero, sin saberlo, le había sido inoculado el egoísmo. Los gérmenes de la economía política empleados en París, latentes en su corazón, no podían tardar en florecer, tan pronto como se convirtiese de espectador ocioso en actor del drama de la vida real. Casi todas las jóvenes creen en las gratas promesas de un hermoso exterior; pero aunque Eugenia hubiese sido prudente y observadora como lo son algunas jóvenes de provincias, ¿hubiera podido desconfiar de su primo cuando sus modales, sus palabras y sus acciones estaban de acuerdo con las aspiraciones de su corazón? Una casualidad, fatal para ella,

le hizo ver las últimas efusiones de sinceridad verdadera que existían en el joven corazón de su primo y oír los últimos suspiros de su conciencia. Eugenia dejó, pues, aquella carta, que ella creyó llena de amor, y se puso á contemplar el sueño de su primo: las frescas ilusiones de la vida animaban aún aquel rostro, y Eugenia se juró á sí misma amarle siempre. Después fijó sus ojos en la otra carta, sin dar gran importancia á esta segunda indiscreción; y, si comenzó á leerla, lo hizo por adquirir nuevas pruebas de las nobles cualidades que ella atributa, como todas las mujeres, al elegido de su corazón.

«Mi querido Alfonso: En el momento en que lees esta carta ya no tendré amigos; pero te confieso que si he dudado de las gentes de mundo acostumbradas á prodigar esta palabra, no he dudado en lo más mínimo de tu amistad. Te encargo, pues, que arregles mis asuntos, y cuento contigo para sacar el mejor partido posible de lo poco que poseo. En este momento te supongo enterado de mi situación. No me queda nada, y me propongo marchar para las Indias. Acabo de escribir á todas las personas á quienes creo deber algo, y te remito adjunta una lista de las mismas: mi biblioteca, mis muebles, mis coches, mis caballos, etc., supongo que bastarán para pagar mis deudas. No quiero reservarme más que las bagatelas sin valor, que podrán servirme para hacer mi pacotilla. Para hacer la venta, querido Alfonso, te enviaré de aquí un poder en forma, caso de que hubiera protestas. Remíteme única-

mente las armas. *Britón* deseo que lo conserves como recuerdo, pues nadie querrá pagar lo que vale ese admirable animal, y prefiero ofrecértelo como anillo que lega un moribundo á su albacea testamentario. En casa de los Farry, Breilman y Comp.^a acaban de hacerme un magnífico coche de viaje, pero como no me lo han entregado aún, mira á ver si puedes lograr que se lo queden sin pedirme indemnización. Le debo seis luises, que perdí en el juego, al insular. Espero que no dejarás de...»

—¡Pobre primo mío! dijo Eugenia dejando la carta y yéndose á su cuarto de puntillas con una de las bujías en la mano.

Una vez en él, abrió, no sin viva emoción de placer, el cajón de una antigua cómoda de encina, una de las obras más hermosas de la época llamada del Renacimiento, en la cual se veía aún la famosa salamandra real. Cuando hubo abierto el cajón, Eugenia sacó de él una bolsa de terciopelo rojo que provenía de la herencia de su abuela, y después se puso á sacar la olvidada cuenta de su pequeño peculio. Primeramente sacó veinte portuguesas, nuevas aún, acuñadas bajo el reinado de Juan V, en 1725, y que valían, según decía su padre, ciento sesenta y ocho francos y sesenta y cuatro céntimos cada una, pero cuyo valor convencional era de ciento ochenta francos, teniendo en cuenta la rareza y la belleza de las referidas monedas, que relucían como soles. *Item*, cinco genovesas, ó monedas de cien libras de Génova, moneda también muy rara, cuyo cambio estaba al ochenta y siete, pero por

la cual daban cien francos los numismáticos. Estas le provenían del anciano señor Bertelliere. *Item*, tres cuádruplos de oro españoles de Felipe V, acuñados en 1729, y que le provenían de la señora Gentillet, la cual, al regalárselos, le decía siempre la misma frase: «Esta monedita amarilla vale noventa y seis francos; guárdala bien, hija mía, que será la flor de tu tesoro». *Item*, lo que su padre estimaba más, cien ducados de Holanda, acuñados el año 1756, y que valían doce francos cada uno (el oro de esta moneda estaba á veintitrés quilates y una fracción). *Item*, una gran curiosidad! unas especies de medallas preciosas para los avaros, tres rupias con la Balanza, y cinco rupias con la Virgen, todas de oro puro de veinticuatro quilates, magnífica moneda del Gran Mogol, que tiene peso por valor de treinta y siete francos, pero que vale lo menos cincuenta para los entendedores. *Item*, el napoleón de cuarenta francos que había recibido la vispera y que había metido negligentemente en la bolsa.

Este tesoro contenía monedas completamente nuevas, verdaderas obras de arte, cuyo valor averiguaba el padre Grandet, y de cuya vista le gustaba disfrutar á veces, á fin de detallar á su hija sus virtudes intrínsecas, como la belleza del cordoncillo, el brillo del relieve y la riqueza de las letras, cuyas aristas no estaban aun rayadas. Pero Eugenia no pensaba en estas rarezas, ni en las manías de su padre, ni en el peligro que tenía para ella el hecho de desprenderse de aquel tesoro que tanto apreciaba el autor de sus días, sino en su primo, y llegó, por fin, á